

**ACTO DE PRESENTACIÓN DEL LIBRO  
“EL SECUESTRO COMO ARMA DEL  
TERRORISMO”**

**Hotel Wellington**

**Marte, 20 de septiembre de 2005**

La Fundación FAES se siente especialmente honrada de ser la organización anfitriona de este acto convocado para dar a conocer la trágica realidad del secuestro como arma terrorista en Colombia.

Ante los testimonios abrumadores que se contienen en este libro y ante lo que hemos escuchado aquí, tal vez el silencio pudiera ser una forma adecuada de concluir.

Uno se pregunta qué más puede añadirse ante este relato tan real de barbarie, de victimización de una sociedad y de crueldad inhumana.

Pero no estamos aquí para quedar en silencio sino para dar voz. Es más estamos aquí para todo lo contrario del silencio. Queremos –y así lo hemos hecho con la ONG Verdad Colombia- romper silencios.

Porque el silencio es lo que antecede al olvido de las víctimas, lo que alimenta la impunidad de sus victimarios, lo que condena a una sociedad a vivir en el miedo y lo que certifica la sumisión resignada de la libertad ante la violencia.

Frente al terrorismo no cabe ningún silencio resignado. Por nuestra parte no lo ha habido ni lo habrá mientras no quede meridianamente claro el triunfo de la libertad de los ciudadanos y del derecho inalienable de las víctimas a su respeto y su dignidad.

Por eso nos hemos unido a esta iniciativa de “Verdad Colombia” y seguiremos apoyando el inmenso esfuerzo del Gobierno de Colombia, del pueblo colombiano y de sus instituciones en su lucha contra el terrorismo que es la lucha por defender la democracia y el Estado de Derecho.

Pocos países como Colombia, pocas sociedades como la colombiana vienen sufriendo durante tanto tiempo el ataque de un terrorismo que bajo coartadas revolucionarias, busca acabar con el Estado para perpetuarse sobre el narcotráfico y el control de todo el repertorio de las peores prácticas mafiosas.

La imagen mitificada del guerrillero idealista es una caricatura sangrante de esa realidad sórdida y criminal que aflige a tantos colombianos.

Aflige los que son víctimas directas, asesinadas o secuestradas. Pero también al conjunto de la sociedad colombiana en sus aspiraciones de futuro y en la capacidad de todo el país para desplegar sus activos humanos y económicos –que son muchos– empezando por su propia trayectoria democrática y constitucional.

Para nosotros este encuentro tiene un significado que prima sobre cualquier otro. Porque queremos que sea ante todo la expresión de solidaridad con los miles de víctimas de los secuestros perpetrados por los grupos terroristas que operan en Colombia.

Los testimonios que integran este libro muestran la verdadera cara del terrorismo.

El ensañamiento cobarde con niños que, como se nos recuerda, son asaltados en parques, en la salida de sus colegios o en los autobuses escolares.

El chantaje al que son sometidos familias sin medios económicos que reciben exigencias de rescate imposibles de afrontar.

El secuestro de políticos y miembros de diversas organizaciones que han sido atraídos a verdaderas trampas por los terroristas cuando en su buena fe creían estar llevando a cabo intentos humanitarios de mediación.

Víctimas que en la selva o en la ciudad son sometidas a tratamientos inhumanos como si el secuestro no fuera suficiente tortura; como si la privación ilegítima de la libertad y la incertidumbre y la angustia de las víctimas y de sus familias no bastara a sus verdugos.

Entre tanta retórica estéril a propósito del terrorismo son las víctimas la que nos devuelven a la realidad. Una realidad que nunca debemos perder de vista sin comprometer nuestra dignidad personal y colectiva. Una realidad sencilla: y es que hay víctimas y verdugos y ellos, los terroristas, son los verdugos, los que se han empeñado en hacer imposible nuestra convivencia libre, los que destruyen vidas y los que aprovecharán todas las oportunidades que encuentren, no para negociar la paz sino para buscar la continuación de su guerra por otros medios.

Las víctimas tienen derecho a ser escuchadas. Y todos tenemos el deber de hacerlo. No les hacemos ningún favor. Les hacemos justicia y damos sentido a su sufrimiento.

Porque sin las víctimas del terrorismo, andaremos a ciegas y no valoraremos en toda su gravedad lo que nos estamos jugando en la lucha contra el terror.

El terrorismo no es un problema de paz. Es un problema de libertad. Para empezar es un problema de libertad negada a sus víctimas, a los que sufren los atentados, a los que sufren la coacción, a los que no pueden hablar, a los que son extorsionados; la libertad negada a los que terminan por desistir. A ninguna de sus víctimas nos podemos sentir ajenos. Su reivindicación y su voz tienen que ser las de todos.

Si alguien pregunta por qué, permítanme que le responda con unas palabras que un gran historiador español y vasco escribía recientemente en recuerdo de Gregorio Ordóñez, amigo y compañero, concejal de mi partido en el Ayuntamiento de San Sebastián, asesinado por ETA hace ya diez años:

“Habría que recordar a quienes predicán la resignación que el único altruismo moral que la Historia no ha deteriorado es el de emigrar hacia la vida de las víctimas para comprenderlas. Habrá que



recordarles que la aceptación como inevitable y normal de lo que es en sí mismo aberrante conduce al envilecimiento. Habrá que preguntarles, como escribía irónicamente Adenauer, si la mejor forma de aplacar a la bestia es dejar que te devore. Habría que gritarles que si no castigamos, si ni siquiera censuramos, a quien jalea y ampara el terror, estamos haciendo mucho más que ensombrecer el tiempo presente que malvivimos, estamos privando a las generaciones de mañana de todo sentido de justicia”.

La memoria de las víctimas y su dignidad no sólo son un derecho; son el terreno donde una sociedad que ha sufrido la lacra del terror debe asentar la justicia. Y ese territorio de justicia y recuerdo compartido tiene que ser infranqueable.

Las víctimas no son un obstáculo. No son un testigo incómodo. Son y tienen que seguir siendo una fuerza activa en la lucha contra el terrorismo. Porque en el testimonio y en el sufrimiento de las víctimas, la sociedad encuentra el impulso moral para esta lucha y puede percibir lo que el terrorismo significa: la pretensión de acabar con la libertad mediante la violación masiva de los derechos humanos.

Los españoles sabemos por nuestra dolorosa experiencia lo difícil que puede llegar a ser la tarea de desenmascarar al terrorismo. Nos hemos topado muchas veces con la insensibilidad o, peor aún, con la complicidad intelectual de los que alimentan las coartadas de las que sirven los terroristas.

No pretendo reproducir aquí el debate lleno de lugares comunes sobre las llamadas “causas” del terrorismo. Creo que tenemos suficiente perspectiva histórica para saber que el terrorismo se agota en su afán delirante de destrucción.

Los terroristas no son portavoces equivocados de causas nobles ni personas que optan por medios condenables para fines legítimos. La violencia indiscriminada no es en ellos un factor instrumental, accesorio ni ocasional. El terrorismo es en sí mismo la ideología de la violencia, de la destrucción y del odio. Ahí empieza y ahí acaba el terrorismo.

Este es otro de los motivos que nos llevan a compartir esta convocatoria con nuestros amigos de Colombia. No se puede luchar contra el terrorismo sin combatir sus raíces ideológicas de odio y totalitarismo, sin poner al descubierto su verdadera naturaleza.

Es la peor herencia de los totalitarismos que nos asolaron en el pasado siglo. El peligro totalitario fue derrotado con un altísimo coste por las democracias. Hoy es el terrorismo en sus diversas manifestaciones el que recoge los restos de aquellas ideologías fracasadas de odio y violencia y las devuelve a las sociedades abiertas en forma del nuevo desafío para la libertad.

El totalitarismo revolucionario que, como se recuerda en el libro, está presente en la ideología marxista-leninista que hacen suya las FARC, es, sin duda una de estos credos del odio.

Pero también lo es el nacionalismo étnico que todavía hoy mantiene su huella en Europa, incluido el terrorismo de ETA.

Y, por supuesto, lo es el islamismo radical empeñado en una guerra terrorista de la que son víctimas, también y en gran medida, los propios musulmanes, especialmente cuando cometen el pecado de participar en unas elecciones, de acudir a las urnas o de trabajar para la modernización de sus sociedades.

Entrar en el juego de las coartadas que propone el terrorismo, permitir que nos divida, dejarse tentar por las políticas de apaciguamiento o disolver el problema explicándolo como una mera manifestación de otros conflictos es, a mi juicio, un camino profundamente equivocado.

Insisto en que el terrorismo no nos plantea un problema de cómo hacer la paz sino de cómo garantizar la libertad.

Precisamente por ello creo en la fuerza de la democracia para derrotarlo. Una democracia consciente de sus valores y decidida a no transigir con sus enemigos.

Una democracia que no disuelva esos valores en fallidos experimentos multiculturales sino exigente al reclamar lealtad para incorporar a todos sus ciudadanos en un marco común de convivencia bajo la garantía de la ley y el ejercicio cívico de los derechos y libertades fundamentales.

Una democracia dispuesta a cooperar y a asumir sus responsabilidades en el ámbito internacional.

Una democracia firmemente articulada en un Estado creíble como Estado de Derecho, comprometido en la lucha contra el terrorismo que no se desvíe hacia atajos fuera de la legalidad en nombre de la eficacia, ni hacia el desistimiento en nombre de la paz.

Quisiera que este relato de sufrimiento que hoy hemos conocido se transformase en determinación y en confianza en la fuerza de la libertad para imponerse a sus enemigos. Contamos para ello con la memoria de las víctimas, con la reivindicación de su dignidad, con el testimonio de su sufrimiento para recordarnos que nuestro deber consiste en estar a la altura del desafío que nos toca afrontar.

Muchas gracias.